

Pintura — Gustave Moreau

AIRE FIEL

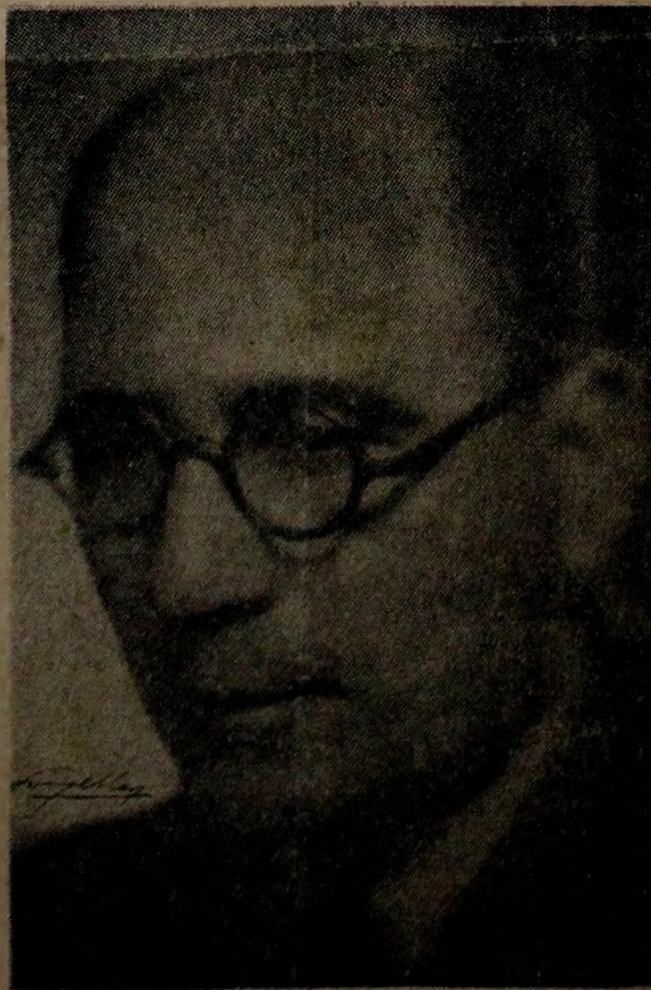
Alguna vez hemos escrito que, cuando se piensa en don Pedro Leandro Ipuche, es fácil obtener, imaginariamente, la visión de un escritor que tras un libro recién publicado tiene otro en vías de publicación, en tanto que algunos volúmenes yacen aún inéditos en los cajones de su escritorio y otros, en proyecto, pugnan por abrirse camino, cabeza afuera, hacia las blancas cuartillas. Esta imagen, aunque no sea estrictamente exacta desde un punto de vista rigurosamente histórico, es, sin embargo, a nuestro juicio, reveladora de uno de los más hermosos aspectos del temperamento de don Pedro: su inagotable capacidad de entusiasmo, su actitud siempre jubilosamente creadora. Es reconfortante el espectáculo de este jubiloso crear y recrearse entusiastamente en la creación. Una creación sostenida sin pausas desde hace ya más de cincuenta años y a la cual su autor suma ahora un nuevo libro.

AIRE FIEL es el hermoso título de esa nueva obra poética. Un conjunto de poemas que, según aclara el autor en una nota final, ha seleccionado de tres libros que, lentamente, viene elaborando desde hace varios años, y de los cuales adelanta esta pequeña antología movida por una constatación alarmante: la de que hace nueve años, desde Diluciones (1954), no publica versos, "poesía con medida". Con este libro, pues, el autor apacigua esa íntima inquietud. Y pone de manifiesto que, aun cuando no haya publicado poemas en nueve años, ha seguido cultivando una poesía que se anuda sin esfuerzo a la que ha oído en sus libros anteriores. Aire fiel es el título del libro, y, jugando con las palabras, podemos afirmar que el autor permanece fiel al aire de su poesía, a esa atmósfera poética tan personal, tan intransferiblemente suya, presente ya, con tan viva existencia, desde sus libros primeros. Ese aire es a la vez cimarrón y delicado; está lleno, al mismo tiempo, de arraigo en la tierra y de estremecimientos que son como oscuras bocanadas de misterio; y es grave, por momentos, y está tocado, en otros, por esquinces juguetones —hay un duende burlesco en muchos de sus versos— que dan, a no pocos poemas, una apariencia inicialmente desconcertante. El lector, por ejemplo, puede sentir desconcierto ante versos como estos: "De ese día conservo mi recuerdo: sobre el dedo más chico del pie izquierdo, se me cayó la tapa del aljibe. Me duele el petiquín cuando me acuerdo. ¿Qué memoria no vive si recibe un regalo doblado de un aljibe?" ("Acuellascaras" de La llave de la sombra). Pero ese inicial desconcierto se torna, frecuentemente, en jubilosa coparticipación de éste, digamos así, de sentido poético, cuando se experimenta, a través de la lectura de muchos poemas, qué ligado está él a la vida misma del poeta que se vuelca sin retaceos en su creación. En ella está el hombre entero, haciendo de su intimidad centro nuclear de sus poemas, pero incorporando a esa intimidad todo cuanto lo rodea: desde el árbol a la noche, desde el ámbito familiar a la "raíz solariega" de la que siempre se nutre, desde la realidad matrera que ha conocido y amado hasta la inquietud metafísica, "júbilo y misterio", que lo atenaceo. Gauchismo cósmico llamó don Pedro a su poesía. Y es ésta, en verdad, su médula. Un entusiasmo que se derrama sin límites pero que parte de una realidad bien próxima y querida. De ahí ese valor perceptible en la obra de Ipuche entre localismo y universalidad. En la raíz solariega se asienta y se afirma; hacia un aire universal se trasciende. Reiteramos una imagen que ya en otra ocasión nos ha servido para definir la obra de don Pedro. Esa obra es como un árbol. Como un hermoso árbol de nuestra tierra. El árbol hunde sus raíces en la tierra materna y extrae de su humus propicio su savia vital.

tal, pero abre su copa, tiernamente esponjada de hojas, hacia un claro aire universal. Del mismo modo; la obra de Pedro Leandro Ipuche crece desde un jamás traicionado arraigo, pero no se confina en un simple localismo sino que se trasciende hacia una visión integral del hombre. Su poesía es, en amplio sentido, conocimiento.

Los tres sonetos que publicamos están incluidos, en la tercera sección de Aire fiel. Don Pedro ha cumplido ahora —sino erramos en el dato— setenta y cuatro años. Y en estos sonetos recuerda sus días escolares. Es hermoso verlo reclinado hacia su infancia para recoger allí jugo de recuerdos. Y recogerlo vivamente. Sin dolor ni melancolía. Recogerlo con el entero entusiasmo de quien siente la vida como una unidad en la cual —en tensión acerada— todos los puntos se armonizan, se integran, se tienden sin desfallecimientos hacia un mismo fin: hacer más vida de la propia vida, acrecentarse. Es hermoso verlo así, con muchos años a la zaga, mantener intacta la raíz del entusiasmo. Sobre todo en un país donde tantos jóvenes —de los cuales muchos escriben— agotan toda su capacidad de entusiasmo en proclamar que ya nada les entusiasma. Que nada, por lo tanto, y atendiendo a la etimología, los endiosa. Como si la vida se les hubiera secado o corrompido. ¿Qué distantes estos sonetos de tanta literatura hecha, absurdamente, de descrecimientos, más inventados que reales, más prefabricados que vividos? Sentimos que el poeta, el hombre que sostiene a todo poeta auténtico, está entero en estos versos de don Pedro. Son experiencia vertida en poesía. Y vertida con coraje. Sin desdenar nada de lo que su propia entraña vital le brinda. ¿Para qué más comentarios? Allí están los poemas. Sólo cabría recomendar leerlos lenta, despaciosamente, con el mismo ritmo interior, sosegado, uncioso y seguro, con que fueron escritos.

ARTURO SERGIO VISCA



Pedro Leandro Ipuche

agregar que cuando nos describe paisajes, se aparta pocas veces de lo convencional, y no poseyó jamás delante de la naturaleza ni esa fuerza de alma de Lucrecio, ni ese frenesí continuado hasta la crispación dolorosa que vemos en Virgilio. Pero en los momentos en que Horacio se expande por su paisaje rústico una ola de tan sana cordialidad, una satisfacción de ver y de vivir tan a nuestro alcance, que no podemos olvidarlo. Se nos aparece como la medida justa en que lo solitario es delicioso.

solamente entrevisto. Si lo queremos durable no nos demoremos mucho en él. Pasemos a otra cosa. Podría servir de ejemplo el relato de su viaje a Brindis, donde la naturaleza apenas si está mencionada, y donde las cosas agradables y desagradables se mezclan en alegre confusión.

En su quinta de la Sabina, Horacio tuvo primeramente necesidad de construir y plantar. El mismo nos cuenta cómo hundía el azadón en los campos, quitaba las piedras, y por su ardor y su torpeza hacia reír a los

AY MI INFANCIA ESCOLAR

— I —

*Pan de árganas, naranja chacarera;
Bochones con el iris escondido,
La muchachada menuda en hilera;
El recreo en el patio sorprendido...*

*Mi niñez escolar con duradera
Vivacidad, escapa del olvido,
Y retorna a la clase vocinglera
Donde mi dispersión halló un sentido.*

*Me rebeo en la plaza, contemplando
Aquel reloj de sol que va estirando
Su aguda sombra, como chica vela;*

*Y ya en casa, de vuelta del colegio,
Me parece traer el privilegio
De prolongar en el hogar la escuela.*

— II —

*¿De prolongar en el hogar la escuela?
Muy bien. Pero bajemos la jactancia;
Repetir la troyita, la rayuela
Y el rango de escultórica distancia*

*No libros ni ceñuda petulancia,
Sino cometa que la mano vuela,
El martin pescador, la vigilancia
Del trompo, con su grave duermevela...*

*Los juegos, el angélico ludibrio,
Establecen elástico equilibrio
En los centros armónicos vivientes*

*Del niño, que con letra crece y salto;
Como el amor, el porvenir más alto
Lleva un toque de lúdicas corrientes.*

— III —

*¡Ay mi infancia escolar! ¡Oh maravilla!
El tiempo puro manejando el arco:
Agilidad sin término, sencilla,
Subiendo al árbol y salvando el charco.*

*El horizonte con el lomo zarco,
Brindando al cielo su serrana silla;
El Olimar, con mi pequeño barco,
Abriendo el canalote de la orilla.*

*Es música ese tiempo, sumergida
En la zona creante de mi vida;
Desde su dulce abismo viene el verso.*

*El roce temporal y la experiencia
Nada serían sin la infusa ciencia
De mi niñez, — recordito universo.*

PEDRO LEANDRO IPUCHE.